

Rafael Guízar Valencia, un pastor con corazón de apóstol

Pedro Barraji3n, L.C.

Rector de la Universidad Europea de Roma y profesor de teologí3a en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Rafael Guízar, un sacerdote, hijo de la tierra mexicana

Todo ser humano nace en un preciso contexto cultural, hist3rico, geogr3fico, familiar que determinan las característ3cas de la persona. Como todo ser humano San Rafael Guízar es hijo de su tiempo, esto significa que es un hombre muy arraigado en su tierra, en su pueblo, en su religi3n, en su familia. Rafael Guízar es hijo de la naci3n mexicana y representante de lo mejor que este bello paí3 ha dado al mundo. No por nada es el primer obispo de Am3rica Latina elevado a los altares y viene precisamente de M3xico. San Rafael supo reflejar en su fisionomí3 espiritual los rasgos del Buen Pastor que la Exhortaci3n Apost3lica de San Juan Pablo II, *Pastores Gregis*, delinean como rasgos t3picos del buen pastor en el gobierno pastoral¹.

Con una personalidad rica, llena de humanidad, de carisma y de calor humano, San Rafael fue ante todo una persona santa, cualidad que nunca ha de faltar en el buen pastor de almas que tiene a Cristo como modelo.

La exhortaci3n apost3lica *Ecclesia in America* del Papa San Juan Pablo II ha claramente seńalado que «la expresi3n y los frutos m3s altos de la identidad cristiana de Am3rica son los santos. En ellos, el encuentro con Cristo vivo es tan profundo y comprometido que se convierte en fuego que lo consume todo, e impulsa a construir su Reino, a hacer que É1 y la nueva alianza sean el sentido y el alma de la vida personal y comunitaria. Am3rica ha visto florecer los frutos de la santidad desde los comienzos de su evangelizaci3n»².

Entre estos santos se encuentra San Rafael, como testigo de la fe en Cristo, de la fe de un pueblo y, en su caso, en momentos de especial dificultad para la Iglesia, en un período especialmente delicado de la historia del paí3. Quien

¹ SAN JUAN PABLO II, *Pastores Gregis*, Cap. V, nn. 42.54.

² SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 15

se acerca a su vida no puede no apreciar y quedarse maravillado por la estatura moral, espiritual y humana de este hombre que vivió su vocación a ser pastor, primero como sacerdote y luego como obispo en circunstancias verdaderamente complicadas y delante de las cuales él supo reaccionar con gran fe, con prudencia, con audacia, anteponiendo siempre el bien de los demás al propio. Podemos decir que representa un obispo “en salida” en conocida expresión del Papa Francisco, un obispo con olor a ovejas, que no tiene miedo de salir en su defensa y de dar lo mejor de sí mismo, de su misma vida que se consumando en un lento holocausto, por el bien de aquellos a quienes le confió la providencia.

Un sacerdote celoso, capaz de dar su vida por las almas

Nacido en Cotija de la Paz en el estado de Michoacán el 26 de abril de 1878, siente la vocación al sacerdocio a los 18 años y él la percibe como una gracia especial de la Virgen María. Va al seminario de Zamora, donde es ordenado sacerdote en junio de 1901. Como estudiante se caracteriza por una gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una acendrada devoción mariana, un fino sentido musical y una gran disponibilidad para el servicio de superiores y compañeros. Pronto el obispo de su diócesis, Zamora, José María Fernández le propone hacer misiones populares en la que destaca el joven sacerdote por su celo ardiente por la salvación de las almas. Ama con predilección a los pobres, humildes y enfermos porque en ellos ve encarnado místicamente a Jesús, a quien él tanto ama. Su método apostólico de predicar misiones pronto atrae hacia él grandes masas de fieles y produce muchas conversiones en la gente del pueblo, alejada de la práctica religiosa. Comprende la necesidad de formar cristianamente a las futuras madres de familia y llama desde España a las religiosas teresianas para la formación de las chicas para que dirijan una escuela en Zamora. Con su hermano Antonio, también sacerdote, funda una congregación de sacerdotes misioneros e invierte gran parte de su patrimonio en esta iniciativa. En estos primeros años de sacerdocio, ya se dibuja con claridad su alma de pastor pues no cesa de darse a sí mismo en un incesante e intenso apostolado, en la predicación, en las confesiones, en la animación de la vida parroquial, en la promoción de la devoción mariana y al Sagrado Corazón.

De modo repentino e imprevisto ocurre un hecho en su vida que cortará toda esa fogosa acción apostólica, prueba de la que Rafael saldrá victorioso, forjado en el crisol de la cruz de Cristo. El obispo, dando crédito a voces calumniosas, lo suspende *a divinis* y su ministerio queda truncado en el apogeo de su actividad. El obedece con fe y sabe que tiene que dar frutos allí

donde Dios lo ha puesto y por ello rechaza ofertas de otros obispos de ir a sus diócesis a trabajar. Esperar con paciencia la hora de Dios en su vida, en máximo abandono en manos de la divina providencia. En esos años dolorosos en los que no puede celebrar la Eucaristía, ni confesar, ni ejercer su ministerio, él actuará heroicamente, viviendo en el silencio una injusticia que él acepta con amor y paciencia.

Con la muerte del obispo, acaba su prueba, pero pronto le corresponden vivir días tumultuosos para su país pues llega con estruendo una revolución nacional que cambiará el panorama político de la nación, y lo arrojará por varios años en duras y sangrientas luchas intestinas. En estos tiempos en los que también la Iglesia es puesta a prueba, Rafael crea un periódico católico, *La Nación*, consciente de la importancia que estos medios de comunicación comenzaban a cobrar en esa época. Pronto los miembros del clero sufren persecuciones y muchos tienen que salir del país o ejercitar su ministerio de modo clandestino.

El padre Guízar aprovecha esta situación para estar ahí donde está el pueblo, en los ensangrentados campos de batalla, administrando los sacramentos a heridos y moribundos, ofreciendo su palabra de consolación y esperanza a los soldados. Muestra su valor en los días agitados de la Decena Trágica, sin temer perder la vida en medio de las batallas campales de que fue testigo el centro de la ciudad de México, con tal de llevar a los heridos y moribundos la esperanza de los sacramentos. Es en esta época de su vida sacerdotal, lo encontramos en situaciones peligrosas como cuando es condenado a ser fusilado y con una movida ingeniosa, que despista a los soldados, logra escapar al último momento. O, cuando en una situación parecida en Puebla, se hace pasar por músico y así lograr salvar de nuevo su vida.

Pero tal situación de clandestinidad se hace insostenible y en 1915 tiene que salir del país, primero a Texas donde se pone al servicio pastoral de los hispano-hablantes. Más tarde en Guatemala, país en donde comienza a organizar misiones populares en las parroquias, como había hecho antes en Michoacán. Luego es invitado por su hermana María de Jesús, religiosa en Cuba para ir a la isla del Pacífico donde, con el nombre de Padre Ruiz, realizará un apostolado intensísimo predicando misiones populares, recorriendo la isla allí donde lo llaman a predicar. Son famosas las numerosas conversiones que logra en la prisión de La Habana.

En todas estas misiones apostólicas, el Padre Rafael se muestra como un pastor celoso de la salvación de las almas, olvidado de sí mismo, amante de la Eucaristía, fiel a la Iglesia, amigo de los pobres y emarginados. Es un mi-

sionero nato y al mismo tiempo discipulo del Se1or, un verdadero discipulo misionero.

Obispo de Veracruz

En noviembre de 1919, de modo inesperado es nombrado obispo de Veracruz. Recibe la consagraci3n episcopal en la iglesia de San Felipe Neri de La Habana de manos del Delegado Apost3lico del Papa Benedicto XV. En enero de 1920 llega por barco al puerto de Veracruz. Lo espera una misi3n ingente: una di3cesis de 72.000 kil3metros cuadrados de extensi3n, 800 kil3metros de costa, con una poblaci3n de un mill3n doscientos mil cat3licos con un alto 3ndice de analfabetos, y de gran pobreza material y espiritual. Las comunicaciones en este territorio inmenso son malas. Hay que ir a caballo a gran parte de los lugares. La iglesia local sufre, como el resto del pa3s, de las leyes persecutorias de Plutarco El3as Calles, interpretadas r3gidamente por el gobernador del Estado. Muchas escuelas cat3licas han sido cerradas, el n3mero de sacerdotes est3 limitado a la voluntad de los gobernantes, muchas 3rdenes religiosas han sido suprimidas.

El d3a de su llegada, el 4 de enero de 1920, un terremoto asola gran parte del Estado, y el obispo Rafael se dedica a auxiliar a la poblaci3n en sus necesidades materiales perentorias e inicia en seguida una visita pastoral a toda la extensa di3cesis. Como en otros lugares, su acci3n apost3lica es bendecida abundantemente por la providencia y eso crea inquietudes en el gobernador Tejeda que le impone el exilio del Estado. El obispo tiene que salir hacia la ciudad de M3xico, donde organiza un seminario diocesano clandestino. Y poco tiempo despu3s debe salir exiliado del pa3s, de nuevo hacia Texas, Cuba, Colombia. En Bogot3, agotado de misionar, tiene que pasar varios d3as en cuidados intensivos en un hospital de la ciudad.

Puede finalmente volver al pa3s en 1929, aunque en el Estado de Veracruz, siguen en vigor leyes antirreligiosas, que limitan las leg3timas libertades de los cat3licos. 3l prosigue en sus visitas pastorales que le imponen un ritmo de vida agotador, su salud se va quebrantando. Para no causar problemas en su di3cesis, se retira a la Ciudad de M3xico, donde puede tambi3n estar cerca del seminario clandestino por 3l fundado y ah3, el 6 de junio, lunes de Pentecost3s, muere casi solitario en una casa alquilada de un barrio popular, s3lo con la compa1a de su hermano Antonio, obispo de Chihuahua, que hab3a venido a verlo.

El Pueblo de Dios reserva un especial amor a los Pastores que se le entregan. Por ello, despu3s de su muerte, los fieles comienzan a invocarlo con

fervor y en 1950, exhumando su cuerpo, se constata que está fundamentalmente incorrupto. El recuerdo de su paternidad, su bondad, su sencillez y su celo hacen que muchos vengan a visitar su tumba en Jalapa y que se abra su causa de beatificación. El Papa Juan Pablo II lo proclama beato en 1994 y el Papa Benedicto XVI, santo en el 2006.

Pastor lleno de celo misionero por todos y especialmente por sus sacerdotes

El Papa Francisco ha invitado a toda la Iglesia a ser una «Iglesia en salida»³. Pues bien, podemos decir con toda verdad que San Rafael Guízar era un obispo “en salida”, un verdadero ejemplo para todos los pastores; él vivió y murió para esto, para pastorear al Pueblo de Dios que la Iglesia le confió.

El Papa Francisco, hablando de cómo tiene que ser esta “Iglesia en salida”, traza un itinerario que se desglosa en cinco actitudes descritas con otros tantos verbos. El primero de éstos es una especie de neologismo inventado por el Papa, con gran significación teológica y pastoral, *primerear*. El verbo se refiere ante todo al Señor mismo que es quien toma la iniciativa de venir a salvarnos, allí donde nosotros estamos, en nuestros pecados, en nuestras debilidades, en nuestro pequeño mundo. El Señor «ha primereado en el amor (cf. *1 Jn* 4,10)»⁴. El Señor es el primero que se adelanta hacia nosotros, que da el primer paso, que sale al encuentro que busca a los lejanos, que llega a los cruces de caminos, allí donde están las personas sin saber dónde ir, ni qué dirección tomar. Esto es lo que hizo San Rafael. No vivió una pastoral tranquila, no tuvo miedo en “armar lío”, en salirse de los esquemas clásicos, porque él era un pastor con “olor a las ovejas”, que las conocía por su nombre y que quería aliviarlas en sus necesidades materiales y, sobre todo, conducir las a la vida eterna.

El pastor que *primerea* es el que sabe también él adelantarse, salir al encuentro, dejar su tranquilidad, ponerse en camino. Es el que vive con el deseo de poder brindar en toda ocasión la misericordia del Padre. «¡Atrevámonos un poco más a primerear!»⁵, nos dice el Papa, y lo dice sobre todo a los Pastores, para que no nos escondamos detrás de las costumbres, de lo que siempre se ha hecho, de esquemas cómodos, de tradiciones que en el fondo no son evangélicas. El Pastor obispo “primerea”, como lo hizo San Rafael, con los sacerdotes. Son ellos los primeros destinatarios de su acción evan-

³ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* (EG), 20-23.

⁴ PAPA FRANCISCO, EG, 24.

⁵ *Ibid.*

gelizadora y salvífica. Son ellos los grandes amados del Padre, los primeros que hay que atender.

Primerear conduce al *involucrarse*, al comprometerse, al no estar simplemente mirando cómo van las cosas, sino que se sabe agachar, como lo hizo Jesús al lavar los pies de los discípulos. Así lo hice en su acción pastoral el Pastor que es consciente de su misión. Quien se involucra es capaz de achicar distancias ante los lejanos, capaz de tocar “la carne” del Cristo su-frente en el otro. El Pastor lo hará esto con todos los fieles, pero también y en primer lugar con sus sacerdotes. No los esquivo, no los evita. No son para él el problema de la diócesis, sino la solución. Por eso no duda en convivir con ellos, en frecuentarlos, en acogerlos, en abrir las puertas de su casa para escucharlos, apoyarlos y consolarlos o corregirlos, si fuera necesario. Así lo hizo con sus sacerdotes y seminaristas San Rafael.

El Pastor *acompaña* la grey, no la deja sola, camina con ella. No la te-le-dirige, sino que está ahí presente en su bregar histórico. El Pastor «acompañar a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico»⁶. San Rafael no abandonó a su grey en los momentos difíciles de la persecución. Fue él el primero que se sometió las duras consecuencias de las leyes injustas contra la expresión de la libertad religiosa. Tuvo que salir de la diócesis y del país exiliado, pero llevaba en su corazón a su grey y a los sacerdotes que él sabía que se quedaban como corderos en medio de lobos. El Pastor sabe de paciencia, sabe de espera, sabe cambiar el ritmo cuando el otro está cansado, desanimado o abatido. El Pastor obispo acompaña ante todo al sacerdote, no lo deja solo, no minusvalora la necesidad que tiene de paternidad espiritual episcopal. Es un verdadero padre y maestro.

Y finalmente el Pastor con su comunidad, «fiel al don del Señor, también sabe *fructificar*»⁷. San Rafael quería ver en sus misiones frutos de conversión, aunque sabía que la última palabra en cuestión de frutos correspondía al Señor. Pero él hacía todo lo que estaba de su parte para que el fruto se diera porque sabía que el Señor había escogido a sus discípulos para fueran y dieran frutos en abundancia para la vida eterna (cf. Jn 15,16). El Señor quiere fecunda a su comunidad. Quiere fecundo a su Pastor.

El sembrador siembra la buena semilla, aunque sabe que podrá venir otro a sembrar cizaña. Y «cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejosas ni alarmistas»⁸. Así hizo San Rafael cuando

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

en su misionar por la diócesis de Veracruz o por donde le correspondiera lo hacía con la alegría de quien ya está contemplando el fruto antes de que germine. No esperó que las condiciones fueran ideales para lanzar la semilla. Allí donde Dios le puso sembró lo que tenía a mano y confió en la providencia para que luego, cuando Dios quisiera, fructificara. «El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora»⁹. San Rafael sembró la semilla de la Palabra divina en el pueblo de Dios y también en los sacerdotes y seminaristas en los múltiples retiros y cartas pastorales con las que los animaba a perseverar en su vocación y a dar frutos de santidad y de apostolado.

Y así, el Pastor también sabe *festejar*. Festejar la acción de Dios en las almas, su misericordia, su salvación, su bondad, su perdón, su amor. Así era San Rafael, un hombre alegre que contagiaba alegría, un hombre que proclamaba y vivía la alegría del Evangelio. Alegría que contagiaba a los fieles y a su clero, que se sentían a gusto con un hombre así, positivo, jovial, amable, entusiasta, generoso.

De este mundo San Rafael vivió y encarnó en su vida la esperanza. No en vano quiso dar como nombre a la congregación de misioneros que quiso fundar los “esperancistas”, dedicados a la Virgen de la Esperanza. «De este modo, viviendo como hombres de esperanza y reflejando en el propio ministerio la eclesiología de comunión y misión, los Obispos deben ser verdaderamente motivo de esperanza para su grey. Sabemos que el mundo necesita de la “esperanza que no defrauda” (Rm 5,5). Sabemos que esta esperanza es Cristo. Lo sabemos, y por eso predicamos la esperanza que brota de la Cruz»¹⁰.

Para los pastores de hoy, San Rafael Guízar es un modelo a imitar. Con su bondad natural, su mirada clara y transparente, contemplamos en él, un hombre totalmente dado al cumplimiento de su misión, una especie de nuevo juglar de Dios, que vive espontánea la presencia de Dios, su amigo y confidente. Un verdadero *homo Dei*, que vive en su alma el misterio de Dios y la comunica con sencillez; que vive la libertad gloriosa de los hijos de Dios y que triunfa en su vida cristiana, de sacerdote y de obispo porque vive el amor sin medida y sin buscar recompensa para sí. Vive como amigo apasionado de Cristo en la presencia amorosa del Espíritu Santo como dulce huésped del alma. Tenemos en él a un representante de la iglesia de México, fiel a Cristo y a la Iglesia: «México, siempre fiel»¹¹. Esa fidelidad, para que continúe en el

⁹ *Ibid.*

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Pastores Gregis*, 5.

¹¹ SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la Catedral de la Ciudad de México*, 29 de enero de 1979.

tiempo, requiere Pastores con el corazón de un San Rafael Guízar Valencia, darse sin reservas y con pasión al gran ideal de proclamar con ardor la alegría del Evangelio.